**PROPUESTA DE LECTURA: “El corral del Príncipe”**

Desde el monarca hasta el último villano, la España del Cuarto Felipe amó con locura el teatro. Las comedias tenían tres jornadas o actos, y eran todas en verso, con diferentes metros y rimas. Sus autores consagrados, como hemos visto al referirme a Lope, eran queridos y respetados por la gente; y la popularidad de actores y actrices era inmensa. Cada estreno o reposición de una obra famosa congregaba al pueblo y la corte, teniéndolos en suspenso, admirados, las casi tres horas que duraba cada representación, que en aquel tiempo solía desarrollarse a la luz del día, por la tarde después de comer, en locales al aire libre conocidos como corrales. Dos había en Madrid: el del Príncipe, también llamado de La Pacheca, y el de la Cruz. Lope gustaba de estrenar en este último, que era también el favorito del Rey nuestro señor, amante del teatro como su esposa, la reina doña Isabel de Borbón [...].

El caso es que aquella jornada se reponía en el Príncipe una celebrada comedia de Lope, *El Arenal de Sevilla*, y la expectación era enorme. Desde muy temprana hora caminaban hacia allí animados grupos de gente, y al mediodía se habían formado los primeros tumultos en la estrecha calle donde estaba la entrada del corral, frontera entonces al convento de Santa Ana. Cuando llegamos el capitán y yo, se nos habían unido ya por el camino Juan Vicuña y el Licenciado Calzas, también harto aficionados a Lope, y en la misma calle del Príncipe sumóse Don Francisco de Quevedo. De ese modo anduvimos a la puerta del corral de comedias, donde resultaba difícil moverse entre el gentío. Todos los estamentos de la Villa y Corte estaban representados: desde la gente de calidad en los aposentos laterales con ventanas abiertas al recinto, hasta el público llano que atestaba las gradas laterales y el patio con filas de bancos de madera, la cazuela o gradas para las mujeres -ambos sexos estaban separados tanto en los corrales de comedias como en las iglesias-, y el espacio libre tras el degolladero, reservado a quienes seguían en pie la representación: los famosos mosqueteros [...]. A las dos de la tarde, la calle del Príncipe y las entradas al corral eran un hervidero de comerciantes, artesanos, pajes, estudiantes, clérigos, escribanos, soldados, lacayos, escuderos y rufianes que para la ocasión se vestían con capa, espada y puñal, llamándose todos caballeros y dispuestos a reñir por un lugar desde el que asistir a la representación. A ese ambiente bullicioso y fascinante se sumaban las mujeres que con revuelo de faldas, mantos y abanicos entraban a la cazuela, y eran allí asaeteadas por los ojos de cuanto galán se retorcía los bigotes en los aposentos y en el patio del recinto. También ellas reñían por los asientos, y a veces hubo de intervenir la autoridad para poner paz en el espacio que les era reservado. En suma, las pendencias por conseguir sitio o entrar sin previo pago, las discusiones entre quien había alquilado un asiento y quien se lo disputaba eran tan frecuentes, que llegábase a meter mano a los aceros por un quítame allá esas pajas [...]. Ni siquiera los nobles eran ajenos a ello: los duques de Feria y Ríoseco, enfrentados por los favores de una actriz, habíanse acuchillado una vez en mitad de una comedia, so pretexto de unos asientos. [...]

Nos llegamos, como dije, a la puerta del corral, sorteando los grupos de gente y los mendigos que acosaban a todos pidiendo limosna [...]. Pagamos un cuarto en la primera puerta, tres en la segunda para limosna de hospitales, y veinte maravedís para obtener asientos de banco [...]. Yo lo miraba todo con ojos tan abiertos como es de suponer, fascinado por el gentío, los vendedores de aloja y golosinas, el ruido de conversaciones [...]. Sonaron los golpes que daban inicio a la comedia, gritaron *¡sombreros!* los mosqueteros, descubrióse todo el mundo, descorrieron la cortina, y mi atención voló sin remedio de los valentones a la escena, donde salían ya los personajes de doña Laura y Urbana, con mantos. Delante del telón de fondo, un pequeño bastidor de cartón pintada imitaba la Torre del Oro.

(A. Pérez Reverte, *El capitán Alatriste*)

**1. Obtener información que ofrece el texto:**

- Busca en el diccionario las palabras que desconozcas.

- ¿Qué lugar se describe en el fragmento?

**2. Interpretación del texto:**

- El texto comienza describiendo la actividad teatral durante el reinado de Felipe IV. ¿Era una actividad mayoritaria o estaba destinada a minorías? ¿Quién asistía a las representaciones?

- Al final del segundo párrafo, leemos: “llegábase a meter mano a los aceros por un quítame allá esas pajas”. Explica el significado de la expresión. ¿Qué son los aceros? ¿Recuerdas qué nombre recibe ese recurso literario?

**3. Opinar sobre el contenido del texto.**

- A raíz del fragmento, ¿crees que asistir al teatro a principios del siglo XVII era una actividad tranquila? ¿Por qué?

- ¿Cuántas veces tiene que pagar el protagonista para llegar a sus asientos? ¿Por qué?

**4. Educación emocional y educación en valores.**

- Si las peleas fuesen tan frecuentes en el teatro actual, ¿irías? Justifica la respuesta.

- ¿Qué crees que sentirías si, estando en el cine o en el teatro, los espectadores se peleasen por los asientos llegando a las armas?

**□ Actividad 2. Visionado de un fragmento de *Lope.***

 Tras la lectura, veremos un fragmento de la película *Lope* de cinco minutos de duración en donde se recrea un primitivo corral de comedias. El fragmento está accesible en *Youtube* en el enlace: «https://www.youtube.com/watch?v=ZtQ9bNWpwFw»

**Cuestiones: expresión escrita.**

Tras la lectura inicial y el fragmento de la película, describe con tus palabras cómo era un corral de comedias. Presta atención al entorno, escenario, butacas, etc.